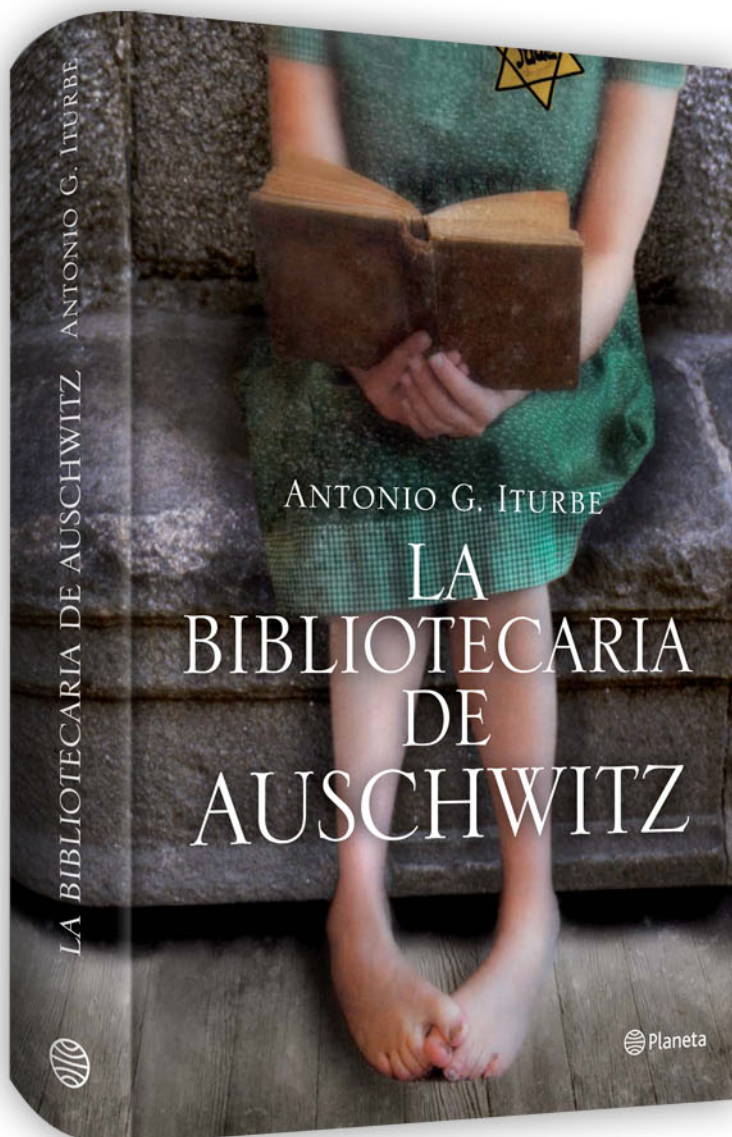


Fragmento

La bibliotecaria de Auschwitz

Antonio G. Iturbe



Una tierna historia sobre el mágico poder de la lectura.

"La bibliotecaria de Auschwitz es un libro universal, emotivo y absorbente que apela a todas las conciencias. Un gran descubrimiento." Sergio Vila-Sanjuán

Antonio G. Iturbe

La bibliotecaria de Auschwitz

A Dita Kraus

minio de Auschwitz) albergó a quinientos niños junto con varios prisioneros que habían sido nombrados «consejeros» y, a pesar de la estrecha vigilancia a que estaba sometido, contó, contra todo pronóstico, con una biblioteca infantil clandestina. Era minúscula: consistía en ocho libros, entre ellos la *Breve historia del mundo* de H. G. Wells, un libro de texto ruso y otro de geometría analítica [...]. Al final de cada día, los libros, junto con otros tesoros, tales como medicinas o algunos alimentos, se encomendaban a una de las niñas de más edad cuya tarea consistía en ocultarlos cada noche en un lugar diferente.

ALBERTO MANGUEL, *La biblioteca de noche*

Lo que hace la literatura es lo mismo que una cerilla en medio de un campo en mitad de la noche. Una cerilla no ilumina apenas nada, pero nos permite ver cuánta oscuridad hay a su alrededor.

WILLIAM FAULKNER, citado por
Javier Marías

Auschwitz-Birkenau, enero de 1944

Esos oficiales, que visten de negro y miran la muerte con la indiferencia de los enterradores, ignoran que, sobre ese fango oscuro en el que se hunde todo, Alfred Hirsch ha levantado una escuela. Ellos no lo saben, y es preciso que no lo sepan. En Auschwitz la vida humana vale menos que nada; tiene tan poco valor que ya ni siquiera se fusila a nadie porque una bala es más valiosa que un hombre. Hay cámaras comunitarias donde se usa gas Zyklon porque abarata costes y con un solo bidón puede matarse a centenares de personas. La muerte se ha convertido en una industria que sólo es rentable si se trabaja al por mayor.

En el cobertizo de madera, las aulas no son más que corrillos apretujados de taburetes. Las paredes no existen, las pizarras también son invisibles, y los maestros trazan en el aire triángulos isósceles, acentos circunflejos y hasta el recorrido de los ríos de Europa con sólo agitar las manos. Hay cerca de una veintena de pequeñas isletas de niños, cada una con su tutor, tan cerca unas de otras que los profesores han de impartir las clases susurrando para que no se mezcle la historia de las diez plagas de Egipto con la música de la tabla de multiplicar.

Algunos no lo creyeron posible, pensaron que Hirsch era un loco o un ingenuo: ¿cómo va a ser posible escolarizar a los niños en un brutal campo de exterminio donde todo está prohibido? Y él sonreía. Hirsch siempre sonreía enigmáticamente, como si supiera algo que los demás desconocían.

No importa cuántos colegios cierren los nazis, les contestaba. Cada vez que alguien se detenga en una esquina a contar algo y unos niños se sienten a su alrededor a escuchar, allí se habrá fundado una escuela.

La puerta del barracón se abre bruscamente y Jakopek, el asistente de vigilancia, corre hacia el cuarto del jefe de bloque Hirsch. Sus zuecos salpican el suelo con la tierra húmeda del campo, y la burbuja de plácida seguridad del bloque 31 se deshace. Desde su rincón, Dita Adlerova mira hipnóticamente las minúsculas motas de barro: parecen insignificantes, pero lo contaminan todo de realidad, igual que una sola gota de tinta mancha un cuenco entero de leche.

—¡Seis, seis, seis!

Es la señal que indica la llegada de guardias de las SS al bloque 31, y se organiza un revuelo de murmullos en todo el barracón. En esa fábrica de destrucción de vidas que es Auschwitz-Birkenau, donde los hornos funcionan día y noche con un combustible de cuerpos, el 31 es un barracón atípico, una rareza. Más bien, una anomalía. Un logro de Fredy Hirsch, quien empezó siendo un simple instructor de deportes para grupos juveniles y ahora es un atleta que está realizando en Auschwitz una carrera de obstáculos contra el mayor rodillo de vidas de la historia de la humanidad. Consiguió convencer a las autoridades alemanas del *lager* de que tener entretenidos a los niños en un barracón facilitaría el trabajo de los padres de aquel campo BIIB, al que

llaman «campo familiar» porque en el resto los niños son tan raros como los pájaros. En Auschwitz no hay pájaros; se electrocutan en las vallas.

El alto mando del campo accedió a la creación de un barracón infantil, tal vez ésa fuera su intención desde el principio, pero siempre y cuando fuese un bloque de actividades lúdicas: quedaba prohibida terminantemente la enseñanza de cualquier materia escolar.

Hirsch asoma la cabeza a través de la puerta de su cuarto de Blockältester del 31 y no necesita decir nada ni a los asistentes ni a los profesores, que tienen los ojos clavados en él. Asiente imperceptiblemente con la cabeza. Su mirada transmite exigencia. Él siempre hace lo que debe hacer y espera que todo el mundo actúe igual.

Las lecciones se detienen y se van transformando en banales cancioncillas en alemán o en juegos de adivinanzas para fingir que todo está en orden cuando asomen su mirada rubia los lobos arios. Generalmente, la patrulla compuesta por un par de soldados entra rutinariamente al barracón pero apenas pasa de la puerta, se queda unos segundos observando a los niños, a veces hasta aplauden una canción o le acarician la cabeza a un pequeño, y en seguida continúan su ronda.

Pero Jakopek añade algo más a la alarma convencional:
—¡Inspección! ¡Inspección!

La inspección es otra cosa. Hay que formar, se producen registros, a veces interrogan a los más pequeños para tratar de sonsacarles información aprovechando su ingenuidad. No les han sacado nunca nada. Los niños más pequeños entienden más de lo que aparentan sus caritas sucias de mocos.

Alguien susurra: «¡El cura!...» Y brota un murmullo de desolación. Es así como llaman a un suboficial de las SS (un

oberscharführer) que siempre camina con las manos metidas en las mangas de la guerrera como un clérigo, aunque su única religión conocida es la de la crueldad.

—¡Vamos, vamos, vamos! ¡Juda, tú mismo, di «Veo, veo...»!

—¿Y qué veo, señor Stein?

—¡Lo que sea! ¡Por Dios, hijo mío, lo que sea!

Hay dos profesores que levantan la cabeza angustiados. Tienen en sus manos algo rigurosamente prohibido en Auschwitz y pueden condenarlos a muerte si los descubren. Esos artilugios, tan peligrosos que su posesión es motivo de la máxima pena, no se disparan ni son objetos punzantes, cortantes o contundentes. Eso que tanto temen los implacables guardias del Reich tan sólo son libros: libros viejos, desencuadernados, deshojados y casi deshechos. Pero los nazis los persiguen, los azuzan y los vetan de manera obsesiva. A lo largo de la historia, todos los dictadores, tiranos y represores, fuesen arios, negros, orientales, árabes, eslavos o de cualquier color de piel, defendieran la revolución popular, los privilegios de las clases patricias, el mandato de Dios o la disciplina sumaria de los militares, fuera cual fuese su ideología, todos ellos han tenido algo en común: siempre han perseguido con saña los libros. Son muy peligrosos, hacen pensar.

Los grupos están en su sitio canturreando a la espera de que lleguen los guardias, pero una muchacha rompe la armonía propia de un apacible barracón de entretenimiento y echa a correr ruidosamente entre los círculos de taburetes.

—¡Al suelo!

—¿Qué haces? ¿Estás loca? —le gritan.

Un profesor trata de tirarle del brazo para detenerla, pero ella se zafa y sigue corriendo a trompicones, cuando lo que hay que hacer es estarse quietos para pasar desapercibi-

dos. Se sube a la chimenea horizontal de un metro de altura que divide el barracón en dos mitades y salta ruidosamente al otro lado. Incluso se pasa de frenada y derriba un taburete vacío, que rueda estruendosamente hasta el punto de silenciar un momento las actividades.

—¡Maldita seas! ¡Nos vas a delatar a todos! —le chilla la señora Krizková, roja de ira. Los niños, cuando no está delante, la llaman «señora Pellejos». No sabe que ha sido la propia muchacha a la que ahora chilla quien ha inventado el mote—. ¡Siéntate en el fondo con los asistentes, estúpida!

Pero no se detiene, sigue con su frenética carrera ajena a todas las miradas de desaprobación. Muchos niños observan fascinados cómo corretea con las piernas flacas metidas en unas medias altas de lana de rayas horizontales. Es una muchacha muy delgada pero no enfermiza, con una media melena castaña que se bambolea de un lado a otro en su veloz zigzag por entre los grupos. Dita Adlerova se mueve en medio de cientos de personas, pero corre sola. Siempre corremos solos.

Llega serpenteando hasta el centro del barracón y allí se abre paso a trompicones en medio de un grupo. Aparta con brusquedad algún asiento y una niña cae rodando.

—¡Eh, qué te has creído! —le grita desde el suelo.

La maestra de Brno ve con asombro cómo se planta delante de ella, jadeante, la joven bibliotecaria. Sin tiempo ni resuello para decir nada, Dita le arrebató el libro de las manos y la maestra se siente repentinamente liviana. Cuando un instante después reacciona para darle las gracias, Dita ya está a varias zancadas de allí. Quedan sólo unos segundos para que los nazis lleguen.

El ingeniero Marody, que ha visto la maniobra, ya está esperándola fuera del círculo. Le entrega al vuelo el libro

de álgebra como si le pasara el testigo en una carrera de relevos. Dita corre desesperadamente hacia los asistentes, que, al fondo del barracón, fingen barrer el suelo.

Está todavía a mitad de camino cuando nota que las voces de los grupos flaquean un momento, se cimbrean igual que la llama de una vela al abrirse una ventana. No necesita girarse para saber que se ha abierto la puerta y están entrando los guardias de las SS. Se deja caer bruscamente y aterriza en un grupo de niñas de once años. Mete los libros debajo del vestido y cruza los brazos sobre el pecho para evitar que se caigan. Las niñas la miran de reojo divertidas, mientras la maestra, muy nerviosa, les indica con la barbilla que no dejen de canturrear. A la entrada del barracón, después de que los SS observan unos segundos el panorama, gritan una de sus palabras predilectas:

—*Achtung!*

Se hace el silencio. Cesan las cancioncillas y el «veo, veo». El movimiento se congela. Y, sin embargo, en medio del silencio se oye cómo alguien silba nítidamente la quinta sinfonía de Beethoven. El Cura es un sargento temible, pero incluso él parece algo nervioso porque le acompaña alguien más siniestro aún.

—Que Dios nos ayude —escucha susurrar a la maestra.

La madre de Dita tocaba el piano antes de la guerra y por eso distingue perfectamente a Beethoven. Se da cuenta de que ya ha oído antes esa manera tan particular de silbar las sinfonías con una precisión de melómano. Fue después de viajar durante tres días hacinados en un vagón de carga cerrado, sin comida ni agua, procedentes del gueto de Terezín, donde los deportaron al expulsarlos de Praga y en el que vivieron durante un año. Era de noche cuando llegaron a Auschwitz-Birkenau. Imposible olvidar el ruido de chatarra del portón metálico al abrirse. Imposible olvidar la primera

bocanada de un aire helado que tenía olor a carne quemada. Imposible olvidar el destello de las luces, intensas en la noche: el apeadero estaba iluminado como un quirófano. Luego las órdenes, los golpes de culata contra la chapa del vagón, los disparos, los pitidos, los chillidos. Y, en medio de la confusión, esa sinfonía de Beethoven impecablemente silbada con la más absoluta calma por un capitán, un Hauptsturmführer al que los propios SS miraban con terror.

Aquel día, el oficial pasó cerca de Dita, y ella vio su uniforme impecable, los guantes blancos impolutos y la Cruz de Hierro sobre la pechera de la guerrera; una medalla que sólo se gana en combate. Se paró delante de un grupo de madres y niños, y dio una amistosa palmada con la mano enguantada a uno de los pequeños. Incluso sonrió. Señaló a dos hermanos gemelos de catorce años —Zdenek y Jirka—, y un cabo se apresuró a sacarlos de la fila. La madre agarró al guardia por el faldón de la guerrera y se puso de rodillas implorando que no se los llevase. El capitán intervino con absoluta calma.

—En ninguna parte los tratarán como los va a tratar el tío Josef.

Y, en cierto modo, así iba a ser. Nadie en todo Auschwitz tocaba un pelo a las parejas de gemelos que coleccionaba para sus experimentos el doctor Josef Mengele. Nadie iba a tratarlos como él en sus macabros experimentos genéticos para averiguar cómo hacer que las mujeres alemanas dieran a luz gemelos y así multiplicar los nacimientos arios. La muchacha recuerda a Mengele alejándose con los niños de la mano, sin dejar de silbar plácidamente.

La misma sintonía que ahora se oye en el bloque 31.

Mengele...

La puerta del cuarto del responsable del bloque se abre con un ligero maullido, y el Blockältester Hirsch sale de su

minúsculo cubículo fingiendo sorprenderse afablemente de la visita de los SS. Da un sonoro taconazo para saludar al oficial; es una fórmula respetuosa con la que reconoce el rango del militar, pero también es una manera de mostrar una actitud marcial, ni doblegada ni acobardada. Mengele apenas lo mira, está abstraído y sigue silbando con las manos en la espalda como si nada de todo eso fuera con él. El sargento —el Cura, como lo llaman todos— escudriña el barracón con sus ojos casi transparentes sin sacar todavía las manos de dentro de las mangas de la guerrera, caídas sobre el regazo, no muy lejos de la funda de la pistola.

Jakopek no se equivocó.

—Inspección —susurra el Obersharführer.

Los SS que lo acompañan repiten su orden y la amplifican hasta convertirla en un grito que se mete en los tímpanos de los prisioneros. Dita, en medio del corro de niñas, siente un escalofrío, aprieta los brazos contra su cuerpo y nota el crujido de los libros contra las costillas. Si le encuentran los libros encima, todo habrá terminado.

—No sería justo... —murmura.

Tiene catorce años y la vida por estrenar, todo por hacer. Nada ha podido siquiera comenzar. Le vienen a la cabeza esas palabras que su madre lleva años repitiendo machaconamente cuando ella se lamenta de su suerte: «Es la guerra, Edita..., es la guerra.»

Era tan pequeña que ya casi no recuerda cómo era el mundo cuando no existía la guerra. Igual que esconde los libros bajo el vestido en ese lugar donde se lo han arrebatado todo, también guarda en su cabeza un álbum de fotografías hecho de recuerdos. Cierra los ojos y trata de evocar cómo era el mundo cuando no existía el miedo.

Se ve a sí misma con nueve años parada frente al reloj astronómico de la plaza del Ayuntamiento de Praga a prin-

cipios de 1939. Miraba un poco de reojo el viejo esqueleto que vigilaba los tejados de la ciudad con sus enormes cuencas vacías como puños negros.

En la escuela les habían contado que el gran reloj era un inofensivo ingenio mecánico ideado por el maestro Hanus más de cinco siglos atrás. Pero la leyenda que contaban las abuelas la angustiaba: el rey le mandó a Hanus construir el reloj astronómico con sus figuras que desfilaban a cada hora en punto, y después ordenó a sus alguaciles que lo dejaran ciego para que nunca pudiera reproducir una maravilla igual para otro monarca. Como venganza, el relojero introdujo la mano dentro del mecanismo y lo inutilizó. Cuando los engranajes se la seccionaron, la maquinaria se atascó y no pudo repararse durante años. Por las noches, a veces soñaba con esa mano amputada culebreando arriba y abajo por entre las ruedas dentadas del mecanismo. El esqueleto agitó una campanilla y empezó el festival mecánico: un desfile de autómatas que se desplegaba para recordar a los ciudadanos que los minutos se empujan nerviosamente unos a otros y las horas se van unas detrás de otras, como esos figurines que llevaban siglos entrando y saliendo apresuradamente de aquella descomunal caja de música. Sin embargo, ahora se da cuenta, atenazada por la angustia, de que a los nueve años una niña no se percata aún de eso y cree que el tiempo es una cola espesa, un mar inmóvil y pegajoso donde no se avanza. Por ello, a esa edad los relojes sólo aterran si tienen esqueletos junto a las esferas.

Dita, agarrada a esos viejos libros que pueden llevarla a la cámara de gas, ve con nostalgia a la niña feliz que fue. Cuando acompañaba a su madre a comprar por el centro, le encantaba detenerse frente al reloj astronómico de la plaza del Ayuntamiento, pero no para ver el espectáculo mecánico —porque en realidad ese esqueleto la inquietaba

más de lo que quería reconocer—, sino para divertirse mirando de reojo a los absortos transeúntes, muchos de ellos forasteros de paso por la capital, que observaban muy concentrados la aparición de los autómatas. Contenía con poco disimulo la risa que le producía ver las muecas de asombro y la risa bobalicona de los presentes. En seguida les inventaba apodos. Recuerda con un punto de melancolía que una de sus diversiones favoritas era poner apodos a todo el mundo, especialmente a los vecinos y conocidos de sus padres. A la estirada señora Gottlieb, que alargaba mucho el cuello para darse importancia, la llamaba «señora Jirafa». Y al tapicero cristiano de la tienda de abajo, completamente calvo y escuchimizado, lo llamaba para sus adentros «señor Cabeza de Bolo». Se recuerda persiguiendo unos metros el tranvía, que agitaba su campanilla al cimbreado en el giro de la plaza Staromestke y se perdía culebreando en el barrio de Josefov, y luego echando a correr hacia la tienda del señor Ornest, donde su madre compraba tejido para hacerle los abrigos y las faldas de invierno. No ha olvidado cómo le gustaba esa tienda, que tenía en la puerta un rótulo luminoso con unas bobinas de colores que se iban encendiendo una tras otra hasta llegar arriba y volver a empezar.

Si no hubiera sido una niña que corría con esa felicidad aislante de los niños, tal vez al pasar cerca del puesto del vendedor de periódicos se habría fijado en que había una larga cola de compradores y que, en la pila de ejemplares del *Lidové Noviny*, el titular, con cuatro columnas y un cuerpo de letra descomunal, más que informar gritaba sobre la portada: «El gobierno pacta la entrada del ejército alemán en Praga.»

Dita abre un momento los ojos y ve a los SS husmeando por el fondo del barracón. Incluso levantan los dibujos colgados de la pared con clavos fabricados con puntas de alam-

bre para ver si debajo se oculta algo. Nadie habla, y el ruido de los guardias al trastear se oye con nitidez en ese barracón que huele a humedad y a moho. También a miedo. Es el olor de la guerra. De lo poco que recuerda de cuando era niña siempre le viene a la memoria que la paz olía a la densa sopa de pollo que se dejaba cociendo toda la noche del viernes. Cómo no acordarse del sabor del cordero muy rustido, y el de la pasta de huevo y nueces. Largos días de colegio, y tardes jugando a la rayuela y al escondite inglés con Margit y otras compañeras de clase que se difuminan en su memoria... Hasta que todo entró en decadencia.

Los cambios no fueron de golpe, sino progresivos. Aunque sí hubo un día en que la infancia se cerró como la cueva de Alí Babá y quedó sepultada en la arena. Ese día sí lo recuerda nítidamente. Ella no sabe la fecha, pero fue un 15 de marzo de 1939. Praga amaneció temblando.

Las lágrimas de cristal de la lámpara del salón vibraban, pero supo que no era un terremoto porque nadie corría ni se alteraba. Su padre tomaba su taza de té del desayuno y leía el periódico fingiendo indiferencia, como si nada sucediera.

Salió hacia el colegio acompañada de su madre y la ciudad se estremecía. Empezó a escuchar el ruido al dirigirse a la plaza de Wenceslao, donde la trepidación del suelo era tan fuerte que hacía cosquillas en las plantas de los pies. El rumor sordo iba haciéndose más perceptible a medida que se acercaban, y Dita estaba intrigada ante aquel extraño fenómeno. Al llegar, no pudieron cruzar la calle taponada de gente ni ver otra cosa que una muralla de espaldas, abrigos, nucas y sombreros.

Su madre se detuvo en seco. Se le tensó la cara y envejeció de repente. Cogió de la mano a su hija para volver atrás y dar un rodeo por otro camino hasta el colegio, pero ella

no pudo resistir la curiosidad y de un tirón se liberó de la mano que la sujetaba. Como era menuda y delgada, no le costó trabajo colarse entre aquella multitud de gente agolpada sobre la acera y situarse en primera fila, justo donde los policías de la ciudad formaban un cordón con las manos entrelazadas.

El ruido era atronador: una tras otra, las motos grises con sidecar pasaban por delante transportando a soldados vestidos con relucientes chaquetones de cuero y gafas de motorista colgadas del cuello. Sus cascos brillaban, acababan de salir de las fábricas del centro de Alemania, sin un rasguño todavía, sin rastro de batallas. Detrás llegaban los carros de combate artillados con enormes ametralladoras y, a continuación, retumbaban los tanques, que avanzaban por la avenida con la amenazadora lentitud de los elefantes.

Recuerda que le pareció que los que desfilaban eran autómatas como los del reloj astronómico del ayuntamiento, y que al cabo de unos segundos se cerraría una compuerta tras ellos y desaparecerían. Y cesaría el temblor. Pero esta vez no eran autómatas los que formaban una procesión mecánica, sino hombres. En esos años aprendería que la diferencia entre unos y otros no siempre es apreciable.

Sólo tenía nueve años, pero sintió miedo. No había música de bandas, no había carcajadas ni algarabía, no había silbidos... Era un desfile mudo. ¿Por qué estaban allí esos hombres de uniforme? ¿Por qué nadie reía? De repente, ese desfile silencioso le recordó a un cortejo fúnebre.

La férrea mano de su madre la sacó a rastras por entre la multitud. Se alejaron en dirección opuesta, y Praga volvió a aparecer ante sus ojos como la ciudad vivaracha de siempre. Era como despertarse de un mal sueño con alivio y comprobar que todo volvía a estar en su sitio.

Pero el suelo seguía agitándose bajo sus pies. La ciudad

temblaba. Su madre también temblaba. Tironeaba de ella desesperada intentando dejar atrás el desfile y escapar a la gigantesca zarpa de la guerra con pasitos apresurados sobre sus coquetos zapatos de charol. Dita suspira agarrada a sus libros. Se da cuenta con tristeza de que fue ese día y no el de su primera menstruación cuando abandonó la niñez, porque dejó de tener miedo a esqueletos o a las viejas historias de manos fantasmas, y empezó a temer a los hombres.